



CRÍTICA DE LIBROS

Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky, Eds., *Todos estos años de gente. Historia social, protesta y política en América Latina* (Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020), 152 pp.

Recuperando dos puntos claves de la canción compuesta por Luis Alberto Spinetta y Fito Páez que lleva el mismo nombre, el libro *Todos estos años de gente* hace un perspicaz análisis sobre el paso del tiempo y los vínculos entre las personas. Tanto Andrea Andújar como Ernesto Bohoslavsky realizan un trabajo de edición en donde se cuestionan el rol del historiador y de los académicos en general, en tanto relatores y estudiosos del paso del tiempo y su relación con los movimientos sociales.

En el libro se observa un recorrido sobre cómo se relacionan e influyen entre sí las distintas luchas políticas de América Latina, los movimientos sociales que las llevaron a cabo y los historiadores. En cuanto a la dimensión temporal, el libro abarca desde el último cuarto del siglo XX hasta el presente y se delimita al interior de América Latina: más particularmente, toma los casos de movimientos sociales y protestas en México, Argentina, Brasil y Bolivia.

Uno de los primeros capítulos es el del español José Antonio Piqueras, quien trabaja sobre el rol de la historia y del historiador social y cómo va mutando a medida que transcurren los siglos XIX y XX, focalizando en que la historia social no ha cesado de renovarse. El autor hace una distinción entre el historicismo, caracterizado por su “método objetivo” y la historia interpretativa, para luego concluir con la *historia social*, y su función comprensiva y explicativa de los hechos sociales. Asimismo, da una definición del historiador como generador de conocimientos verídicos, basados en evidencias empíricas, desligándose de las opiniones y representaciones de los actores, a pesar de la centralidad de estas. Piqueras destaca que el historiador debe interpelar el pasado y avanzar en la formulación de nuevos objetos de



estudio e interrogantes, que se centrarán en las condiciones en las que los seres humanos afrontan su existencia en circunstancias que les son dadas.

El siguiente capítulo, escrito por Carlos Illades, se centra en la importancia de la protesta pública y en cómo ésta varía su organización, discurso y repertorio de acuerdo a las épocas. Centrándose en las protestas sucedidas en México, da cuenta del potencial de los movimientos sociales y cómo estos han desencadenado grandes protestas como la neozapatista, la de los ejidatarios de Atenco, la del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) y la de Ayotzinapa, entre otras. Aquí es interesante observar cómo el autor da cuenta de un cambio significativo entre la actividad científica predominante en los años treinta, donde se percibía como militancia, y la que incurrió en los sesenta y setenta, donde la lógica del mercado colma la escena y el saber es instrumentalizado como tecnología. Finalmente, Illades considera central que el historiador social intervenga en el debate público y asuma un compromiso como ciudadano y como intelectual.

Mirta Zaida Lobato retoma el siguiente capítulo del libro y trabaja sobre las agendas y luchas feministas de los años noventa y su contribución en la historia social. Siguiendo la línea de Illades, problematiza las características de la protesta social y el rol que la historia tiene en la sociedad. La autora focaliza tres puntos que desencadenaron las protestas del movimiento feminista en América Latina, y particularmente en Argentina (las cuales continúan sin resolverse): 1) el resguardo del salario, debido a la brecha salarial que se da entre géneros, 2) el mejoramiento de las condiciones de trabajo, ya que la llegada de la tecnología desplazó a muchos trabajadores, y aunque todos se manifestaron las repercusiones eran escuchadas o no dependiendo de cuál era el sujeto desplazado, y 3) el acoso laboral, tan vigente en la actualidad como en los noventa. Finalizando su capítulo, la autora destaca que los historiadores deben *dislocar, desplazar y descentrar* conocimientos, y proceder a una reconstrucción minuciosa de los conflictos que permita integrar múltiples actores, como los indígenas, mujeres y niños, de la manera que se merecen.

En su capítulo “Al final del arcoíris”, Rodrigo Laguarda realiza un recorrido biográfico donde relata cómo fue su camino en la academia. El autor narra cómo es el trabajar el campo de la historia del tiempo presente, donde coinciden el período de vida de los sujetos estudiados con el del investigador. Particularmente, aborda desde la historia y la antropología la construcción de las identidades sociales homosexuales masculinas de la Ciudad de México. Da cuenta que, si bien fueron actores sociales silenciados y discriminados, en la actualidad cobran mayor visibilidad; pese a ello, el autor identifica y se enfrenta a una falta de interés verdadero desde ciertos sectores de la academia. Observa cómo prima la lógica de *productivitis*, donde el afán de

publicar artículos académicos supera el interés real sobre el campo. Frente a eso, Laguarda comienza como historiador un activismo comprometido dentro de la academia con la convicción de que ningún esfuerzo será en vano si se le da el lugar a quienes han sido excluidos.

En el anteúltimo capítulo, dedicado a la historia del Brasil y a la función del historiador en este, podemos ver cómo Silvia Hunold Lara señala que la abolición de la esclavitud fue un punto clave en la historia del Brasil. Sin embargo, la segregación sobre las personas negras continuó, generando una lógica de polaridad que oponía lo arcaico (la esclavitud y la raza negra) a lo moderno (los trabajadores blancos). Según la autora, a comienzos del siglo XX, con el crecimiento de las protestas, se produjo un acercamiento entre los intelectuales y los líderes de los movimientos negros. En este contexto, los académicos comprometidos con la *historia pública* encontraron múltiples significados de la libertad. A pesar de este avance, mientras que la historiografía afirmaba que los esclavos pasaban a ser vistos como agentes históricos, la militancia continuaba denunciando el racismo y la exclusión de los negros de la sociedad. La exigencia de cuotas raciales en universidades fue una de las mayores demandas del movimiento. Como síntesis del capítulo la autora destaca dos movimientos importantes para la historiografía brasileña: a) la posibilidad de que las investigaciones superen la dicotomía entre esclavitud y libertad y b) la necesidad de estudios históricos sobre el racismo.

El último caso incluido es el de Bolivia, con un capítulo de Rossana Barragán Romano que trata sobre los vínculos entre la historia y los movimientos sociales en dicho país. En el capítulo se argumenta que ambas partes se influyen mutuamente: los movimientos sociales inciden en las problemáticas abordadas por la academia y los resultados de las investigaciones son apropiados por los movimientos sociales, ya que muchas veces las investigaciones han proporcionado legitimidad histórica a las demandas de los actores indígenas. La autora destaca cómo, a partir de 1980, se acrecienta la vinculación entre ambas partes, focalizada en la etnicidad y la diversidad cultural, generando el pasaje histórico del *indígena* al reconocimiento del *pueblo indígena* y de la *tierra* al *territorio*, resaltando su carácter colectivo y comunitario. Este largo proceso de transición culminó con la votación del año 2002, donde asumen el poder Evo Morales, dirigente indígena, y Álvaro García Linera, dirigente intelectual del Movimiento al Socialismo (MAS). El artículo concluye con la idea de que estos puentes entre la academia y los movimientos generan cambios en muchos ámbitos, ya sean jurídicos, legales o sociales, siendo la culminación de estos la declaración de Bolivia como país plurinacional.

En síntesis, el libro es una obra sumamente completa, que deja asentadas las diferentes formas de relación entre la academia, particularmente los historiadores y los movimientos sociales a lo largo de la historia del último cuarto del siglo XX. Se puede observar cómo, a medida que transcurren los años, cambian los procesos de producción, los procesos políticos, los sujetos protagonistas, sus luchas y demandas. En América Latina, luego de la revolución cubana, se produjeron una serie de dictaduras que cambiaron el paradigma político y social, al igual que sucedió posteriormente con el advenimiento de la democracia y las posteriores crisis sociales y económicas que sacudieron la región. Estos cambios generan nuevas ideologías, sujetos y preocupaciones que se instalan en la agenda de los historiadores sociales. La apertura de estas agendas tiene que ver con el acceso a estudios de nuevos sujetos procedentes de diversos sectores sociales y políticos.

Finalmente, a lo largo de los capítulos, queda plasmado de una manera muy clara cómo tanto los historiadores como los movimientos sociales se nutren mutuamente generando una relación sumamente fructífera a la hora de intercambiar, comprender y circular experiencias y saberes entre todas las partes. A partir de la reflexión histórica, el historiador puede acercarse a la visión de los actores y no solo del ámbito académico: los movimientos sociales permiten al historiador encontrar nuevos objetos de reflexión y plantearse nuevas preguntas, mientras que la academia da visibilidad y legitimidad a muchas luchas de los movimientos sociales.

CAMILA STEFANETTI

Centro de Innovación de los Trabajadores (CITRA/UMET/CONICET)

stefanetti.camila@gmail.com